



LA SEMANA SANTA.



COMO una fantasmagoría lejana, recordamos, los de la actual generacion, aquella Semana Santa de nuestros padres, con sus granaderos con arma á la funerala, sus procesiones solemnes, sus puestos de agua fresca en las esquinas y el rumor de millares de pisadas en el pavimento de las calles.

En aquellos tiempos, los colegiales estrenaban trages; el vestido negro era de rigor, los padres de familia con su levita nueva, su sombrero de seda flamante, guiaban á su prole por el centro de las calles, pues las aceras estaban invadidas; y mamás y niñas ostentaban la clásica mantilla.

Las iglesias cubrian, como ahora, sus altares, y solo se destacaban brillantes de luces, despidiendo mil perfumes, deslumbrando con sus adornos de plata, los *monumentos*. Todavía existe más de una se-

ñora respetable, á quien se le hace agua la boca, describiendo á sus nietos los *monumentos* de San Francisco, de la Profesa, la procesion del Santo Entierro y la entrega del llavin al Presidente de la República el Juéves Santo.

Los puestos de agua fresca eran invadidos, como hoy los cafés, y



el ruido infernal de las matracas aturdió, desde el hogar hasta la calle, desde la torre hasta la plazuela.

Los coches permanecían en sus cocheras y los caballos descansaban. Todo el mundo iba á pié. Pero esta costumbre fué, según creo, malamente tomada como un acto de devoción, y tengo para mí, que

más bien se debía á una prevision de policía para impedir accidentes en las calles, vista la aglomeracion de paseantes que por todas partes circulaba.

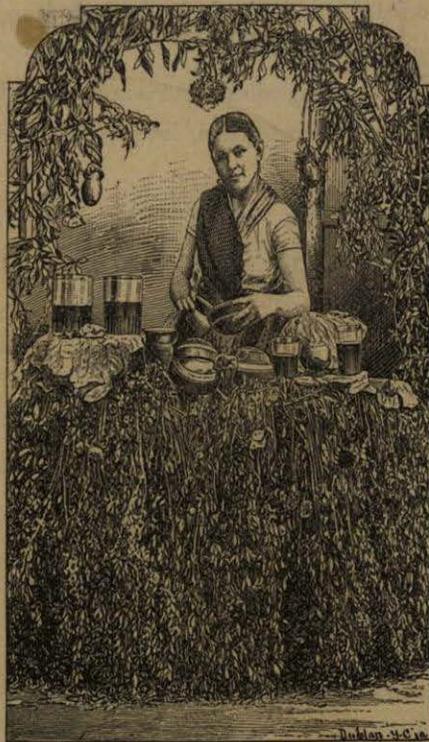
En la noche las iglesias eran focos reverberantes de luz, y el polvo que levantaba la multitud, del pavimento, era sofocante.

Venia luego el Viénes Santo; los *monumentos* habían desaparecido, se celebraban las tres horas al medio día y el *pésame* más tarde, y el ruido de los tambores del ejército, á la sordina, hacían lúgubre la noche, á pesar del gentío y del bullicio.

¡Cuánto uniforme nuevo y flamante, cuánta muchacha bonita con calzado nue-

vo y airoso talle, cuánto gozo infantil con las empanadas de vigilia, había en aquel entónces!

Y no siempre pasaron tranquilos y serenos en nuestra capital aquellos días. Los viejos aún recuerdan aquel Juéves Santo en que entró á México aturrido el ejército "libertador" que acababa de derrocar el trono de Iturbide, en medio de la angustia general y de la incertidumbre del mañana, miéntras el Congreso Constituyente



se reunia, á pesar de la santidad del día, en la ex-iglesia de San Pedro y San Pablo, donde celebraba sus sesiones.

Otro Juéves Santo un incendio y un huracan alarmaron á la ciudad; y allá por los años de 1851, y en un cuarto del Hotel de la Gran Sociedad, era asesinado D. Juan de Dios Cañedo que tanto habia figurado en la política.

Pero nada igualó á la Semana Santa de 1857. Se acababa de promulgar la Constitucion, los partidos estaban en lucha abierta, y



como aún no se separaban la Iglesia y el Estado, y el presidente Comonfort no estaba en la Capital, el gobernador del Distrito, D. Juan José Baz, se presentó con el Ayuntamiento, bajo mazas, á recibir el *llavin*. Los canónigos senegaron rotundamente á recibirlo, porque para ellos era un escándalo la presen-

cia en el templo del que á los 26 años habia pedido en los *meetings* la exclaustacion, y la nacionalizacion de los bienes del clero, y del que habia sido gobernador con Gómez Farías y habia promulgado la ley votada por el Congreso de 1847 para quitar al clero veinte millones, con objeto de atender á la defensa de su patria invadida por los yankees; pero más que nada, porque aquel gobernador era uno de los liberales más exaltados y enérgicos que se oponian en aquellos momentos frente á frente del clero.

El desaire á la potestad civil fué enorme, Gobernador y Ayunta-

miento tuvieron que retirarse; pero el primero para montar á caballo, hacer abrir las puertas de la Catedral y recorrer en medio de una multitud agitada por diversas y violentísimas pasiones, la Plaza y las principales calles.

Entretanto los canónigos permanecian encastillados en el coro, los curiosos entraban y salian de la iglesia, atravesando las filas de bayonetas que la cercaban, y las beatas vociferaban bajo las augustas naves, donde repercutian los mueras á los herejes y á la Constitucion.

Aquello fué, sin embargo, una tempestad en un vaso de agua y no llegó la sangre al rio. La autoridad mantuvo el orden, los *monumentos* fueron visitados como antaño, en la noche, y los alborotadores se fueron á acostar, rendidos por tanta carrera y tanto grito como dieron en el templo del Señor.

El vulgo y el espíritu de partido inventaron despues que el gobernador habia entrado á caballo á la Iglesia Catedral, y un escritor de buena raza y que sabia manejar admirablemente la lengua castellana, endosó á la primera autoridad política del Distrito una letrilla llena de sal ática, llamada: "*La batalla del Juéves Santo*."

Hé aquí algunas de sus estrofas:

"Camisa nácar con vuelo,
chaqueton hasta el fundillo,
la corbata con anillo,
revuelto el dorado pelo,
con la espada hiriendo el suelo,
de calzonera y botin,
sombbrero á la espadachin,

bigote y pálida faz . . .
 ¡Quién es? Es Juan José Baz,
 es Monseñor el Delfin.

.....

¡A un príncipe tan preclaro
 no dar la llave esta vez!
 ¡voto al demonio! que este es
un casus belli muy claro.
 ¡Ea, súbditos, dadme amparo,
 guerra contra el Senebrin,
 que se encienda el estopin,
 nadie en los cuarteles quede,
 ahora verán lo que puede
 un demócrata Delfin!

Los mineros,
 los bomberos,
 zapadores,
 minadores,
 nacionales,
 vireinales,
 todo el mundo venga acá,

Con cañones,
 mosquetones,
 con obuses
 y arcabuces,
 proyectiles
 y fusiles,
 circunden á Catedral,

Un piqueto
 aquí se mete,
 otro corre
 hacía la torre,
 De armaduras
 las alturas,
 por doquier se ven brillar.

Y las beatas
 timoratas,
 los chicuelos
 con sus duelos,
 los que arguyen
 y los que huyen,
 rumor hacen infernal.

.....

Fija cual buen general,
 su primera paralela
 en medio de la plazuela,
 para sitiar Catedral.
 El, en un punto central,
 dirige al coro visuales,
 para que de los ciriales
 los juegos bien combinados,
 queden al punto apagados
 por sus fuegos trasversales.

Contra un rojo monacillo
 una pieza diestro aboca,
 en tanto que otra coloca

frente del Empedradillo.
 Infatigable caudillo
 asesta una batería,
 para enfilear la cruzía
 y ordena que á los blandones
 (que son hombres de calzones)
 cargue la caballería.

Previene que haya desmocha
 si resisten sin empacho
 el Señor del Buen Despacho
 ó el Santo niño de Atocha,
 Una culebrina mocha
 apunta á San Valentin,
 un obús á San Martin,
 y diez pistolas de muelles
 á los pobres Santos Reyes,
 bisabuelos del Delfin.

.....

Así dispuesto el ataque,
 á su trotón arremete,
 y sin que nadie le aplaque
 á la sacristía se mete.
 No halla gentes de bonete
 que son para él los titanes;
 no obstante, sigue sus planes,
 y ántes que débil rendirse,
 fiero se le ve batirse
 con inermes sacristanes.

.....

Pero ya pasaron aquellas pasiones, de las que solo quedan esas estrofas ménos amargas y ménos justas que las coplas de *Mingo-Revolgo*. ¡Y pasaron tambien los esplendores de la Semana Santa!

Ya no hay procesiones. La reforma acabó con ellas; las costumbres han variado mucho; pero los *monumentos* siguen siendo lujosos, las mamás y niñas casaderas siguen estrenando trages, los papás mandan *planchar* sus sombreros altos, y los carruajes recorren libremente las calles y plazuelas.

Las empanadas y las aguas frescas han encontrado un competidor terrible en los helados napolitanos y en las cenas de la Concordia; y de rigor es, despues de pasear por el Zócalo á los acordes de una música militar, ir á cenar al Restaurant-café-nevería de Omarini, en donde de las 11 de la noche á la 1 de la madrugada, se forma un barullo insoportable.



Familias hay que no van más que esos dias á la Concordia, y los soñolientos criados que en todo el resto del año saben de antemano los parroquianos que han de asistir, el Jueves y Viernes Santo, corren, brincan, se enronquecen y ven más caras nuevas que en el resto de todo el calendario.

Por supuesto que el *menu* es igual al de todos los dias, el mismo impreso en tiras largas como listas de lavandera, por Diaz de Leon, y con sus sendas y garrafales faltas de ortografía. Las indigestiones que de allí salen, solo Dios y los boticarios lo saben.

Así han mudado las costumbres, y hoy, para recordar algo de las de antaño, es preciso ir á alguno de los pueblos de los alrededores, sobre todo si alguna autoridad complaciente se hace de la vista gorda en aquellos dias.

Allí se representa la pasion á lo vivo; Cristo es azotado y crucificado en la persona de un pacífico indio, y los sayones lo guardan fieros y vestidos de fantasía. El fresco *tlamaya* consuela al infeliz á quien le toca sufrir las penas del Calvario, y las turgentes amapolas y las flores del campo, perfuman el modesto templo de la aldea, en vez del aristocrático incienso de las catedrales.

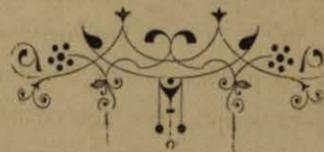
Esta representacion que recuerda los *misterios* de la edad média, suele hacerse en la vía pública, cuando la autoridad contrae una miopía de ocasion; pero siempre tiene lugar cuando ménos, en el modesto átrio cubierto de silvestre césped y salpicado de ignoradas tumbas.

Llega por fin el Sábado de Gloria. Desde muy temprano, frente á las tocinerías, están colgados los *judas*, los pilluelos del barrio se hacen remolino, las niñeras cubren los balcones, y cuando las esquilas de los templos se echan á vuelo, y miéntras el órgano majestuoso anuncia á los fieles la *resurreccion*, los pobres *judas*, rodeados de atronadores cohetes, estallan haciendo grotescas contorsiones, los perros aullan y corren asustados, los muchachos se disputan los girones de las efigies del mal apóstol, y un olor de pólvora vulgar in-



vade la atmósfera, por la cual sube el humo de aquel *auto de fe* inofensivo. Antes á esa hora salian los carros con sus mulas enjaezadas, y cesaba la huelga de los coches. La ciudad tomaba su aspecto habitual.

Habia comenzado la Pascua florida, en la que, como dice el Dr. Fausto en el poema de Goethe, "*parece que cada hombre celebra su propia resurreccion.*"





LOS TOROS DE NOCHE.



O los ví; solo recuerdo que el paternal Ayuntamiento aumentó á la luz eléctrica los reverberos de gas, en las principales calles, es decir, vistió á la ciudad de gala . . . el objeto era muy discutible.

Pero si no puedo hablar de los toros de noche, sí puedo copiar aquí una página selecta, debida á la brillante pluma de un escritor que no por amigo mio, temo de calificar de brillante y admirable. Hé aquí esta página, que forma una notable excepcion en nuestra literatura periodística:

“Tendré la franqueza de confesarlo: fui á los toros. ¡Ya he escrito estas palabras y no las retiro! No quiero pasar por hipócrita: con insolencia, con absoluta desvergüenza, lo confieso: ¡fui á los toros!

1 Manuel Gutiérrez Nájera. (El Duque Job).

“Confesado el delito, expresaré las circunstancias atenuantes. La primera, consiste en que fui á los toros de noche. La noche, como han dicho muchos poetas, es la encubridora de los grandes crímenes: es el cielo embozado. La segunda, es que habia sérias probabilidades de que el toro matara á algun torero. Se iba á la plaza con la esperanza de asistir á una revancha.....

“No se me oculta que al expresar estas ideas, me pongo en abierta pugna con la opinion pública. El Cuatro Dedos ó Machio *for ever* se oye en todas partes. La cuestion de los toros es hoy la cuestion de entidad, como dirian nuestros viejos maestros de filosofia. En este primer año del pontificado de Porfirio Parra, á quien declaró infalible mi inteligente amigo Manuel Flores, la tauromaquia es la suprema ciencia, y los toreros son los candidatos populares.

“La conciencia, sin embargo, nos obliga á protestar contra el entusiasmo del vulgo, desdeñando las iras de la opinion pública. Al fin y al cabo, la opinion pública no es más que la gran subvencionada por la ignorancia. La opinion pública, se ha opuesto á todos los progresos. La opinion pública, estuvo contra Sócrates, contra Galileo, contra Colon. La opinion pública, es una mujer pública

“Todos los adelantos sociales se deben á las minorías. Afiliémosnos en ellas para combatir el salvajismo de las lides de toros. Este salvajismo se manifiesta ya en diversas esferas concéntricas. La brutalidad del espectáculo es fecunda y engendra otras brutalidades. Tenemos, por ejemplo, la literatura tauromáquica que cuenta con seis órganos especiales en la prensa, y que se cuele en las columnas de los diarios serios, como un ébrio de mala traza entrometido en un grupo de personas decentes. Esta literatura tiene un idioma propio, un idioma que embiste á los demás idiomas y clava banderillas en todas las gramáticas. Cada una de sus palabras suena á terno

de taberna. Para hablarlo bien, hay que vestir la chaquetilla del majo, beber manzanilla y desdoblar la navaja. El castellano ha protestado contra los toros, negándose á servirles de idioma oficial. Fué preciso que el torero condimentara una lengua peculiar suya, con chorizos de Estremadura y dientes de ajo.

“El castellano es orgulloso. Recuerda que Carlos V dijo que era el idioma propio para hablar con Dios, y ántes que consentir en verse degradado, se refugia en el ruinoso torreón de su dominio señorial, y allí agoniza, en el sillón de viejo cuero cordobés, recordando sus glorias pasadas. El castellano es un idioma infeliz. Fué rico y conquistador. Pero enterró sus tesoros, y las monedas, que hoy extraemos de entre las piedras y la arena, son monedas de museo que no circulan. No cultivamos sus heredades, y hoy el diccionario está lleno de terrenos baldíos. Casi podria decirse que es un idioma empajado.



“Léanse las obras arcaicas y mohosas de los académicos: en ellas no hay frases, sino pájaros disecados. Todo eso *sent le renfermé*, huele á humedad. Fué el habla castellana, espada formidable en manos de Cervantes: los vástagos canijos de aquellos hombres del siglo de oro, la conservan como arma de panoplia, pero ya no pueden esgrimirla. En la lucha moderna, se combate con el florete frances ó con el revólver de Inglaterra.

“El castellano, sin embargo, ha guardado su altivez. Hablaba en justas y los torneos caballerescos, pero no baja á los redondeles

CAPILLA ALFONSO

de las plazas de toros á recibir naranjazos. Y con esta abstencion, desmiente á los que tienen esas lides por el verdadero espectáculo nacional en España.

“Las corridas de toros no tuvieron auge en la península ibérica, sino en la época de su decadencia, cuando la gobernaba un pobre hombre como Cárlos IV ó un majo como Fernando VII. La chaquetilla afeminada sustituye á la armadura varonil; la navaja, á la lanza. Todo en esa época tiene cierto sello femenil. La poesía hace bordados de chaquira, y en vez de cantar proezas de conquistadores, canta en deslabazadas anacreónticas las gracias del faldero de Amarilis, ó los curruco de la tórtola de Lésbia. Se necesitó la invasion para que despertara la epopeya.

“No hay, en verdad, nada caballescico en estas lides de toros. Afrontar con entereza el riesgo de la muerte, no es virtud única de gentiles-hombres, sino tambien de acróbatas y saltimbancos. Y hasta hoy no ha parecido épico á ninguno, el gimnasta que se columpia en un trapecio. Entre el acróbata y el torero, estoy resueltamente por el acróbata. Ambos exponen su vida igualmente; pero éste mata y aquel no. El valor como desprecio de la vida, es una simple manifestacion de la ignorancia. Es la brutalidad embravecida. O no llamemos valor al del primer espada que se arroja á los cuernos de la bestia, ó busquemos otro vocablo para aplicarlo al bombero, que trepa por escala vacilante al primer piso de una casa. Cuando se llama valiente á Daóiz y á Lagartijo, se insulta á alguién.

* * *

“Las corridas de toros nocturnas nos ahorran, en parte cuando ménos, el espectáculo de la sangre derramada. Intentaré describir brevemente la lid que presencié el juéves. El verdadero cuadro pin-

toresco, más que en la plaza, estaba en la avenida de la Reforma. Como invasion de grandes luciérnagas, brillaban los farolos de innumerables coches, convirtiendo por un momento la calzada en bullicioso boulevard, pero boulevard sin casas, sin cafés y oscuro. Las lumbreras y los tendidos de la plaza rebozaban gente. La parte del sol—el sol nocturno, el sol de Justo Sierra,—parecia cubierta por una ola humana. De esa ola salian clamores de océano, cinco mil gritos que se magullaban en el aire. Todo otro ruido cae atropellado por ese ejército de vociferaciones dispersas, por esa carga á bayoneta de juramentos y de votos. La individualidad de la palabra se pierde en la gran masa sonora. Puede decirse que no se oyen voces sino un remolino de gritos. Nada se distingue aisladamente en esta polvareda de palabras. Unos ladran, otros maullan, mujen, balan, aullan, cacarean, silban y graznan.

“De pronto la plaza quedó á oscuras. La luz quiso irse y en la oscuridad se encendieron de pronto, como alfileres rojos, como bacterias de llama, como pupilas de duendes, millares de cerillos. La plaza toda parecia un rueda de carton quemado, en cuya circunferencia corrian y se apagaban y encendíanse de nuevo infinitas lucécitas.

“La luz, como hija de Edison, quiso irse para no ver el espectáculo sangriento; mas la atraparon los gendarmes por el cuello y la llevaron á la plaza, y la pusieron presa en las bombas de los focos eléctricos. Allí se revolvia furiosa, sin poder salir. Estaba pálida; alumbraba de mala gana. En uno de los extremos ardía la roja luz de bengala, que parece la sangre de la luz, y era propia esa claridad de saturnales, de brujerías, de aquelarre para iluminar el redondel. Esta mezcla disparatada de luces, los ocho focos eléctricos, verdes de ira, y los dos hachones de bengala, no eran bastantes á poner en fuga la sombra, que insistia en quedarse. Todo se veia como

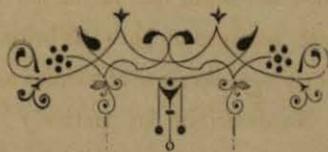
á través de un vidrio opaco. La plaza se había puesto su mantilla blanca de neblina.

“Tan imposible como individualizar las voces era personalizar á los concurrentes. Había en las lumbresas multitud de señoras, pero todas se mezclaban y confundían como cuentas de rosario. Entre las capas densas de vestidos oscuros aparecían en las gradas algunos tocados de mujer: una rosa escarlata prendida entre rizos negros, ó una camelia blanca sobre cabellos de color castaño. Allí estaba la *femelle* del torero: la “chula” de Triana. No se veía más que al vecino, al contiguo. Junto á mí fumaba una mujer de esas á quienes no se pregunta el nombre, sino el número. Algunos mozos con bandejas cubiertas de botellas de cerveza circulaban en la gradería.

“El primer toro lidió casi á oscuras. Los toreros parecían muñecos de plomo ó sombras enanas proyectadas por la luz de una linterna mágica. Sus vistosos trajes no lucían, porque sus colores y lentejuelas y bordados, necesitan que la luz del sol los realce. El temor, justo por cierto, acertaba un poco sus bríos. Bravos eran los toros, y banderilleros y espadas no se atrevían á acometerles en esa penumbra plomiza. No describiré las suertes y lances de la lidia, porque no pude apreciarlos. La luz brilló con más intensidad desde que saltó á la arena el segundo toro; pero, de todos modos, no era suficiente para distinguir netamente los golpes y detalles. Por allí un picador cae derrengado y salva el cuerpo entregando su caballo, en cuyo vientre hunde el toro los cuernos; por allá un ágil capeador agita su manta roja y salta como si tuviera alas en los talones; aquí el banderillero esbelto clava gallardamente los agudos rejonés de sus banderillas en el lomo del toro, que furioso se sacude; allá el primer espada espera impasible entre los gritos de la muchedumbre que vocifera.

“Hubo en cierto instante un delicioso efecto pintoresco. Quería la multitud que se expulsara del redondel un toro de buen alma y mejor prudencia, que se negaba á acometer, y para pedirlo, entre atronante gritería, las manos agitaban en el aire más de seis mil pañuelos blancos. Parecía que una bandada compacta de innumerables palomas aleteaba al rededor de la plaza pidiendo perdón y gracia para el toro.”

¡Verdad que prescindiendo de la ironía el estilo es admirable!— Apelo á los taurófilos de gusto literario, que los hay y en gran número.





5 DE MAYO



NO tendríamos sino coronas para nuestros muertos y bendiciones para nuestros héroes en este día, si dos circunstancias muy especiales no nos obligasen á tratar bajo un punto de vista nuevo la conmemoracion de una de nuestras más legítimas glorias.

Son estas circunstancias las frases cordiales y cariñosas del discurso pronunciado por el señor Ministro de Francia al presentar sus credenciales, y alguna engañada interpretacion que los órganos de la colonia francesa han querido dar á la solemnidad de este día.

En la memoria de todos están aquellas angustiosas horas de 1862. La Francia sola, la nacion hasta entónces más querida entre nosotros, tomaba sobre sí la inaudita empresa de subyugarnos. Inglaterra se habia retirado, y el Gral. Prim, con una prudencia superior á sus méritos de esforzado héroe, habia reconciliado en un mo-

mento á españoles y mexicanos, y habia provocado una reaccion de cariño hácia la que fué nuestra madre y nuestra civilizadora.

El ejército mexicano de entónces, aguerrido, hecho á las privaciones, pero mal trecho, mal armado y hambriento, tenia enfrente á un enemigo que marchaba tras la estela de la victoria. La catástrofe de Chalchicomula lo habia anonadado; la fé violada por los plenipotenciarios imperiales habia roto el pacto de la Soledad y le habia robado sus mejores posiciones estratégicas.

Un general en jefe, cuyo nombre no queremos mentar en un dia de gloria, habia expresado la opinion de que sus soldados no se podian medir con los soldados vencedores en Crimea y en Italia.

Y entónces Juarez llamó al Gral. Zaragoza y le preguntó su opinion:

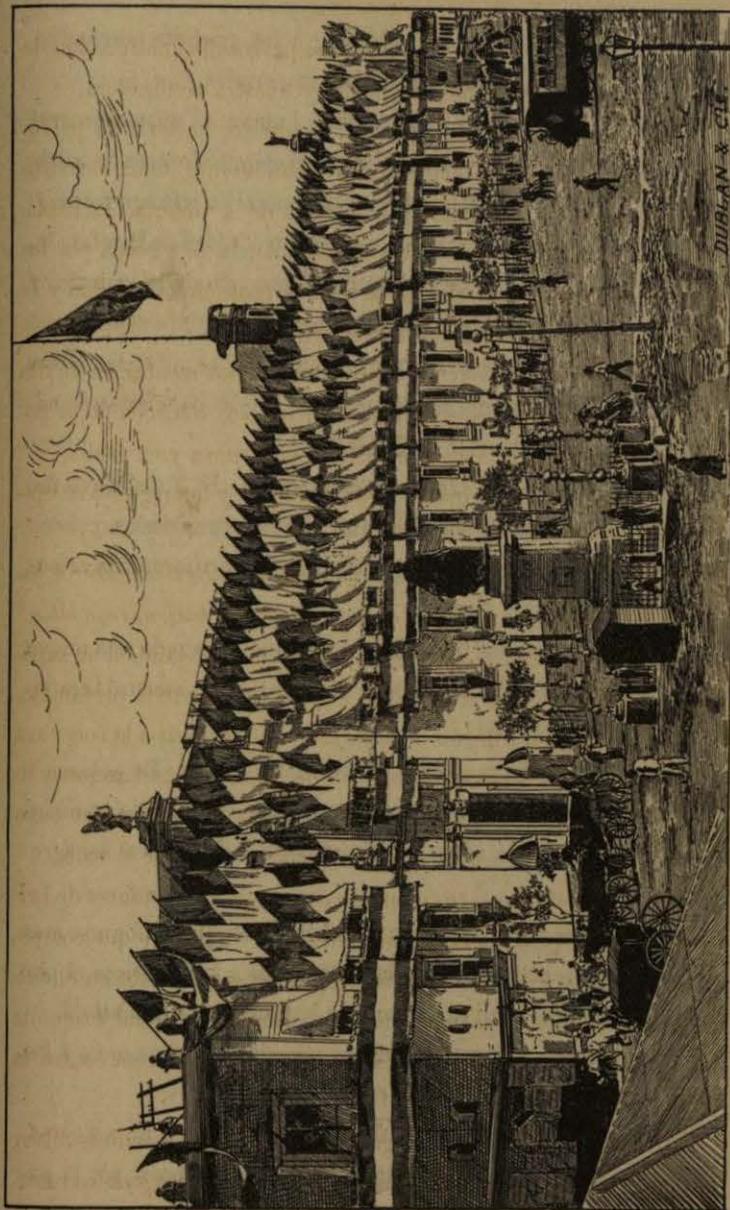
"Yo no sé, le contestó el jóven general, si podremos vencer á los franceses; lo único que creo es que nuestro deber es batirnos con ellos."

Y despues de esta respuesta espartana, salió, dejando á su esposa moribunda, para ir á defender el suelo de la patria profanado.

Cuando Zaragoza llegó á Puebla tuvo que recurrir á la *leva* para completár sus batallones, en una noche levantar fortificaciones ligeras á la vista del enemigo mismo, y, con la fé que siempre tuvo el héroe de la Reforma, se dispuso á jugar el todo por el todo.

¡Qué rasgos de valor tuvieron ese dia el general, entónces de brigada, Porfirio Diaz, Berriozábal y Negrete, y todos los que componian nuestro ejército de Oriente! ¡Están ya consagrados en el éxito de una batalla, cuya resonancia en Europa fué igual á aquella que ganó Garibaldi sobre la primera expedicion francesa contra la República romana en 1848!

Y tras la victoria vino la magnánimidad. Juarez mandó devolver sus condecoraciones á los prisioneros franceses. Zaragoza los retornó al campo enemigo en plena libertad, y los heridos que permane



cieron en Puebla le dieron un voto de gracias, protesta perenne en contra de las diatribas de los ministros imperiales.

No descenderemos á los detalles de la batalla; el mismo general mexicano confesó en su parte oficial que el ejército frances se habia portado con su proverbial bizarría, y su general en jefe con torpeza.

Aun recordamos á la cariñosa luz de los recuerdos de la infancia, el delirio que se apoderó de la Capital al anuncio de la victoria; y enmedio de aquella fiebre de entusiasmo, no hubo ni un acto, ni una palabra de odio contra los franceses que vivian entre nosotros. ¡Ellos lo saben bien, que fueron los primeros en rendir su tributo de admiracion cuando la muerte de Juarez!

Los detalles, como deciamos, poco importan. El 5 de Mayo fué nuestro *Valmy*. Resistimos al invasor, y nuestros soldados, pobres, harapientos, escasos en número, mal armados, cruzaron sus armas con los vencedores de Europa.

Goethe decia despues de *Valmy*, que habia empezado una nueva era para el mundo. Para el continente americano comenzó otra vida el 5 de Mayo de 1862.

¡Hubo ántes y despues odio á Francia!—Nunca. La poblacion mexicana no ha celebrado jamás esa victoria con un odio tradicional de raza; lo celebra como un ejemplo de resistencia á las agresiones.

Pudo despues haber victorias más brillantes, pero ninguna más popular; y querer discutir con datos materiales y numéricos el por qué de esa popularidad, es desconocer la filosofia de la historia.

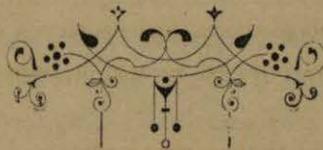
Para que una fiesta sea nacional se necesita que conmueva á las masas, que evoque un recuerdo en todos los cerebros.

Madrid el 2 de Mayo canta himnos de triunfo, en un aniversario que debia ser luctuoso, y Madrid tiene razon: morir por la patria no es morir, es alcanzar la vida de la inmortalidad.

Nosotros mismos celebramos nuestros desastres, nuestras angustias: Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec fueron derrotas y las cantamos como triunfos, porque allí se puso de relieve nuestro heroismo, porque el deber de un pueblo no es vencer, sino morir cuando no puede ser independiente.

La razon que asistia á México en aquella demanda desigual, está consignada en los discursos de Thiers, de Jules Favre, en los alegatos de aquel tribuno inmortal que escogió como ejemplo, cuando su patria peligraba, la inmortal leyenda de Juarez; de aquel cuyo nombre es símbolo del más acendrado y vehemente patriotismo: de GAMBETTA.

Aunque olvidásemos nuestra historia, siempre la recordarian al mundo los ecos de la tribuna francesa.





LA PENITENCIARIA Y LOS RURALES.



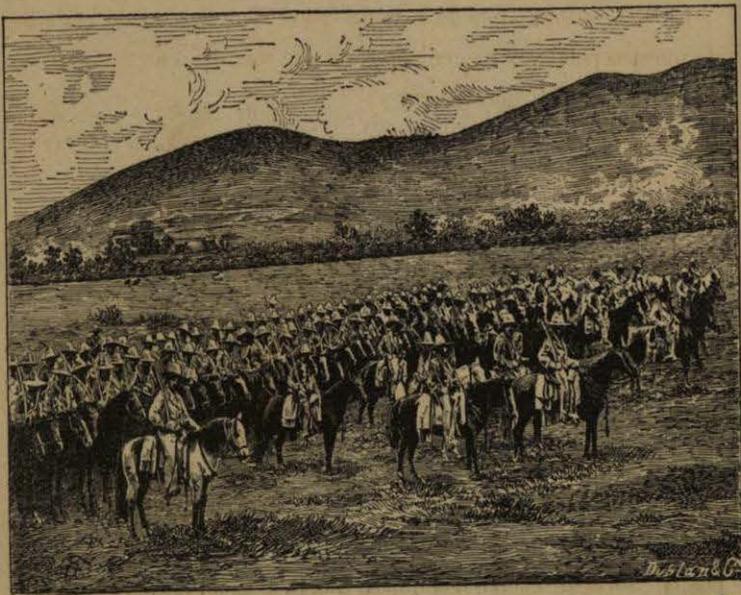
NO de los actos que más honrarán la segunda presidencia del Sr. Gral. Diaz, será la construcción de una penitenciaría en el Distrito Federal, bajo la dirección de su secretario de Gobernación, el Sr. Lic. D. Manuel Romero Rubio.

La Constitución había prometido la abolición de la pena de muerte para cuando se estableciese el sistema penitenciario; todos los hombres pensadores venían reclamando esta mejora, y la ciudad vivía amagada con la aglomeración de presos entre los vastos paredones del antiguo convento de Belem, que constituyen á la vez un peligro bajo el punto de vista higiénico y bajo el punto de vista de la seguridad pública.

Escogido el terreno al N. E. de la antigua garita de San Lázaro, se comenzó la obra en el primer semestre de 1885, y para ver el

adelantó de ella, se invitó en Mayo del presente año al presidente de la República, á los secretarios de Estado y otras personas, entre ellas varios representantes de la prensa. Firmaba las invitaciones el gobernador del Distrito, General Ceballos.

La construcción había adelantado enormemente; los muros se al-



zaban ya á unos dos metros sobre tierra. Ya la esperanza podía calificarse de realidad lejana.

Pero aquella fiesta tenía otro atractivo. Los cuerpos rurales que generalmente vienen á la capital á principios del mes para pasar revista y tomar parte en la parada militar del 5 de Mayo, iban á maniobrar en el extenso llano de San Lázaro, á la vista de los invitados.

Para mí creo que las señoras y la mayor parte de los con-

rentes no comprendieron ni un ápice de aquellas evoluciones. Pero la reunión era agradable para todos, el panorama del Valle, el aire fresco del campo y de la mañana, los acordes de las músicas militares, la seguridad de un buen *lunch*, regocijaban los ánimos y galvanizaban los cerebros adormecidos por la vida cotidiana de la ciudad.

El tipo característico de la fiesta era el *Rural*, soldado genuino de nuestro país, que recuerda por su aire resuelto á los antiguos insurgentes y á los guerrilleros de la Reforma, y que sin embargo, en instrucción militar y en disciplina, no envidian en nada á los mejores dragones del ejército.

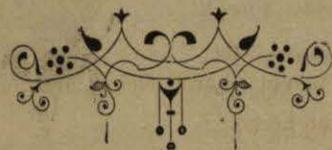
Las fuerzas rurales fueron establecidas bajo un pie firme, en la presidencia de Don Sebastian Lerdo de Tejada, y después del triunfo de Tecuac han sido aumentados y perfeccionados en su organización. Su objeto lo indica su mismo nombre; son para nosotros lo que la guardia civil española, lo que los *carabinieri* italianos.

El traje nacional que usan causa la delicia de los extranjeros, y realmente es grandioso el espectáculo que presentan en una formación.

El rural, por otra parte, es un soldado feliz; enganchado voluntariamente y con una buena paga por la clase de servicio que presta, sigue viviendo la misma vida de libertad y de campo abierto á que generalmente estaba acostumbrado. Sus armas y su caballo son sus



eternos compañeros como ántes; cuando llega á poblado, lo rodea la consideracion pública, y en las fiestas de la patria, lo aclaman propios y extraños. Con todo esto hay para envanecer á un hombre; pero el rural es modesto.



14 DE JULIO.



A Francia revolucionaria celebra hoy una gran fecha más que un gran hecho.

El hecho material fué la destruccion de una prision de Estado; la fecha, la muerte de la monarquía, el triunfo de la opinion pública bajo la bandera de una rama verde, que como símbolo de esperanza y de combate, Camilo Demoulin arrancó de un castaño del *Palais Royal*.

La revolucion francesa fué, como dice Taine, producto de un estado económico; pero ese escepticismo desesperante del gran crítico, no pudo, no quiso explicar por qué el oleaje popular exasperado por el hambre, la miseria y las expoliaciones, fué más humano que nacional y más nacional que local, porque la conmocion del sér político y social tuvo una resonancia tal, que puede dársele el segundo lugar despues de la revolucion cristiana.